

objeto la instruccion de los niños ó el cuidado de los enfermos, y así es que no autorizó la reunion de las ursulinas, de las señoras de la Visitacion, de las carmelitas y otras de este género, sino bajo la condicion de que se dedicarían á la enseñanza: lo cual no fué muy puntualmente observado. Pudieron pues en todas las ciudades reunirse las antiguas religiosas en comunidad y hasta recibir novicias.

Otro establecimiento no menos precioso fué el de los Hermanos de las Escuelas cristianas para la instruccion gratuita de los niños de la clase menesterosa, que desde la revolucion estaba abandonada y reclamaba aquellos maestros humildes al par que desinteresados que se habian consagrado á la enseñanza. Algunos hermanos de esta corporacion tan útil se conservaban como un precioso resto en Lyon. Estos fueron aprobados, reuniéronse á ellos los demas hermanos dispersos, y abrieron un noviciado: luego se multiplicaron y suministraron maestros á las principales ciudades.

Los filósofos podian aun ver menos las congregaciones de hombres que las de mugeres; sin embargo, algunas fueron autorizadas. Los misioneros fueron restablecidos á peticion del Papa. Los lazaristas (paules) debian encargarse del Levante y de las Indias; los sacerdotes de las misiones extranjeras, de la China; y los del Espiritu Santo, de América. Concedióseles por un decreto casas y rentas; pero el espíritu que muy luego prevaleció hizo revocar estas concesiones. Tambien se habia reformado la congregacion de los clérigos de San Sulpicio y tomó la direccion de muchos seminarios sin que el gobierno pusiese el menor obstáculo hasta el momento en que Bonaparte, arrebatado por la cólera, declaró guerra á una corporacion cuyo único crimen consistia en ser muy adicta á la Santa Sede. Finalmente, tambien consintió en el restablecimiento de los Trapenses, que tenían ya dos conventos á la puerta de la capi-

tal, y no fueron disueltos sino de resultas de las desavenencias con el Papa.

Pio VII continuaba reinando como soberano inteligente y como santo Pontífice.

A fin de dar impulso á las artes en una ciudad, que puede llamarse su metrópoli, instituyó por un breve de 23 de setiembre de 1806 una condecoracion de caballería, que debia concederse á cada presidente de la Academia de San Lucas, dedicada á las bellas artes, al concluir sus tres años de presidencia. Esta orden debia llamarse la orden del *Moro* ó *Morillo*. La cruz estaba pendiente de una cinta encarnada con las listas del margen negras. La cabeza de *Moro* figurada en la cruz de la orden era como las que en número de tres figuran en el escudo de armas de los Chiaramonti. Todos los artistas de Roma manifestaron su gratitud á Pio VII.

Pero un acto mucho mas interesante en la historia de su pontificado es referente al año de 1807. Hacia ya cuarenta años que Roma se veia privada del solemne espectáculo de una canonizacion. Clemente XIV y Pio VI, espantados de los gastos que tan imponente ceremonia trae en pos de sí, no habian procedido á verificar ninguna; mas Pio VII, advertido por las contradicciones pasadas de los males que iban á caer sobre la Iglesia, no dudó en proclamar nuevos protectores, cuya intercesion alentára á los cristianos á pedir la salvacion de la barca de San Pedro. «Somos aun Pontífice, quizá por algunos meses, solia decir: ¿quién sabe si algunas nuevas victorias en el Norte de Europa serán la señal de nuestra ruina? Apresuremos la celebracion de una fiesta en que la tiara, la misma tiara que un hijo convertido en ingrato nos ha regalado, puede colocarse aun sobre nuestra cabeza.» A fin de allanar dificultades, declaró renunciar á sus propinas y derechos particulares que hubieran ascendido á una considerable suma: respecto de los demas gastos determinó que fuesen paga-

dos en diez años, queriendo que nada se perdiera para realzar la magnificencia de aquella solemnidad. Habiéndose terminado los procesos de costumbre con todo el cuidado y madurez que la Santa Sede emplea en asuntos tan graves, se señaló el domingo de la Santísima Trinidad, 24 de mayo de 1807, para la ceremonia, á la que concurren de tropel fieles de todas las partes de Italia y hasta del fondo de la Bohemia y Hungría. Los santos personajes que recibian los honores de la canonizacion eran Francisco Caracciolo, Benito de San Filadelfo, Angela Merici, Coleta Boilet y Jacinto Marescotti. Pio VII pasó con gran comitiva á la basilica del Vaticano, precedido de los prelados, obispos y cardenales. El templo estaba adornado con magnificencia, y entre otras pinturas presentaba doce cuadros de los milagros debidos á la intercesion de aquellos cinco bienaventurados. El cardenal Caracciolo hizo las instancias y gestiones de costumbre, despues de las cuales el Soberano Pontífice publicó desde su trono el decreto de canonizacion. Celebró una misa solemne, pronunció una homilia, y concedió indulgencias.

En 19 de marzo siguiente, un decreto de la congregacion de Ritos declaró constar que sor Inés de Jesus, religiosa dominica, muerta en Saint-Flour en 16 de octubre de 1634, habia practicado las virtudes en un grado heróico y que se podia proceder á la discusion de cuatro milagros. El 9 de abril un decreto de la misma congregacion declaró venerable á la piadosa reina Clotilde, que hemos visto consolar á Pio VI en sus desgracias, y sobre la cual seriamos reprecisibles si no diéramos algunos edificantes detalles.

Maria Clotilde Adelaida Javiera de Francia nació en Versalles el 29 de setiembre de 1759, de Luis, delfin, y de Maria Josefina de Sajonia. A luego de haber nacido (1), sus

(1) El señor abate Tresvaux, *Suplemento á las Vidas de los Padres etc.* de Albao Butier, p. 484-493.

religiosos padres la consagraron á Dios, y desde su mas tierna infancia se esforzaron á depositar en su alma las semillas de la Religion, y en particular las virtudes que son tan honrosas y útiles para los magnates en esta vida y su mejor preparacion para la otra; es decir, la beneficencia y la humildad cristiana. Confiáronla al cuidado de Luisa de Rohan Guemene, condesa de Marsan, una de las señoras del mas alto rango, que en medio de la corte de Luis XIV daba edificantes ejemplos de virtud y piedad, y probaba que entre los desórdenes que con demasiada generalidad reinaban en aquella época, quedaban aún algunos fieles que no habian doblado la rodilla ante Baal.

A la edad oportuna fué admitida Maria Clotilde á la participacion de los Sacramentos de la Penitencia, de la Eucaristia y de la Confirmacion, y ella se dispuso á recibirlos redoblando su piedad. Obsérvosela particularmente cuando el 17 de abril de 1770 recibió su primera comunión: su larga y fervorosa preparacion edificó á cuantos la presenciaron, y la impresion que tan augusta ceremonia causó en ella, duró mucho tiempo. No tardó en manifestar que se habia consagrado á su divino Huésped, y que deseaba, en cuanto la elevacion de su rango se lo permitia, pasar la vida en el retiro y la oracion.

Su propia inclinacion, asi como el ejemplo de su tia, la princesa Luisa, la llevaban hácia la vida religiosa, y no fué poca la pena que la causó saber que su hermano Luis XVI la habia prometido á Carlos Manuel, príncipe del Piamonte, heredero presuntivo del rey de Cerdeña. El matrimonio se celebró en Versalles el 27 de agosto de 1775. Despues de haberse despedido de su hermano y hermana, la princesa Isabel, que la queria particularmente, y de su piadosa aya á quien prodigó los mas vivos y sinceros testimonios de gratitud, Maria Clotilde partió para Saboya, encontrándose en el puente de Beauvoisis, límite de este ducado y de

Francia, con el príncipe su esposo. La respetuosa modestia con que le recibió, la sensibilidad de su despedida á los franceses que la habian acompañado, y el afecto y gracia con que acogió á las damas que el príncipe habia traído para su servidumbre, encantaron á todos los concurrentes. En Chambery, capital de Saboya, fué recibida por el rey y la reina, á quienes saludó postrándose á sus pies y asegurándoles que les obedecería continuamente como á padres y á soberanos. Celebróse este enlace con veinte dias de regocijos públicos, siendo Clotilde el ornamento de ellos por la elegancia y amabilidad de sus modales, y por el agradecimiento que manifestó á todas las atenciones que le prodigaron. Siempre estaba de agradable humor y llena de amabilidad, mas en medio de todo se veía con edificacion el cuidado que tenia en elevar su alma al divino Autor de todas las cosas. Desde Chambery partió para Turin, y allí pudo dar tregua á los placeres con que por todas partes la obsequiaban, y en medio de una paz y un santo recogimiento, trazó el plan de aquella conducta cristiana que en lo sucesivo siguió constantemente. Diariamente asistia la familia Real á misa en público, y con frecuencia la princesa con sus damas asistian á otras dos en su capilla particular. No oponiéndose alguna enfermedad, permanecia de rodillas durante todo el santo sacrificio. Cada dia consagraba tambien una considerable parte de su tiempo á la oracion y á la lectura espiritual, principiando el dia por una piadosa meditacion, tres veces á la semana recibia el pan de los ángeles y se acercaba una vez al tribunal de la penitencia.

Mas sus devociones no la hacian olvidar sus deberes temporales. El príncipe era el objeto de sus atenciones: en todo obedecia sus órdenes; consultaba todos sus deseos, y en varias largas enfermedades de que se vió abrumado, le cuidaba como una ama de gobierno, y hacia cuanto estaba en su mano para aliviar

sus sufrimientos y hacerle menos penosa la convalecencia. Esforzabase particularmente, pero siempre con prudencia y moderacion, en inclinarle á ofrecer á Dios sus padecimientos, y á llevarlos con paciencia y sumision á la voluntad divina, procurando inspirarle estos sentimientos en todas ocasiones. Asi era ella tan tiernamente amada, y poseia en tal grado la confianza de su esposo, que la llamaba su madre, su consejera, su consoladora y su directora espiritual. Guardaba Clotilde para con los príncipes de la casa de Saboya y sus aliados las consideraciones mas respetuosas y amables, no estableciendo nunca ninguna diferencia entre ellos y su persona. Tambien ponía un singular cuidado en mantener en su casa la paz, la union y la regularidad.

Atenta á conservar la decencia en el vestir, tenia la virtuosa princesa la costumbre de hacer observar que esta decencia, esactamente observada, contribuye mucho á la pureza interior, y que el descuido en esto viene por lo general acompañado de los mas deplorables extravíos. En Versalles habia ya causado admiracion por su modestia sin pretensiones y por la sencillez de su conducta y de sus actos. Conformándose con los deseos de su esposo y del rey su suegro, se vistió con magnificencia á poco de su llegada á Saboya; pero sin perder nunca de vista la modestia, y dió claramente á entender que deseaba que su ejemplo fuera seguido por todos. La mucha dulzura de su carácter no le permitia hacer nada que pudiera ofender el amor propio de los demas; pero con un ademan sério y frio daba á entender que exigia un grande esmero en la decencia exterior de las personas que se le acercaban. Pocos años despues consiguió de su marido y de su suegro licencia para presentarse, no siendo los dias de pública ceremonia, vestida con el traje que usan en Italia las señoras que se dedican públicamente á una vida piadosa y retirada. Despues del adveni-

miento de su esposo al trono continuó usando los mismos modestos vestidos.

Asistia frecuentemente al oficio divino en las iglesias, á las que acudia los dias de devocion particular, y seguía las procesiones. Dispensaba particular favor á la devocion del sagrado Corazon de Jesus, é instituyó una cofradía destinada á tributarle un culto particular: tambien dió mucho impulso á la sociedad de San Luis establecida en Turin.

Durante algun tiempo, las desgracias que tan cruelmente pesaron sobre la familia de la piadosa princesa, no alcanzaron al Piemonte; mas no podia ser indiferente á los males de sus augustos parientes y á los de la Francia. Su consuelo era pensar en los dolores de María cuando esta santísima Madre de Dios vió los padecimientos y muerte de su divino Hijo sobre el Calvario. Para satisfacer su devocion María Clotilde alcanzó un breve del Papa permitienlo celebrar cada año en todas las iglesias del Piemonte una festividad en obsequio de la Compasion de la Virgen Santísima.

Una de sus principales ocupaciones era conocer y aliviar las necesidades de los pobres, porque no se entrometia en ningun asunto público ni particular del gobierno, á menos que por razon de su rango fuese necesaria su presencia. Su constante serenidad y dulzura daban buen testimonio de la benigna influencia que la piedad ejerce en el carácter. Jamás se le oyó decir una palabra dura ni satírica, ni se la vió dar un paso imprudente. La única distraccion que ella se permitia era hablar con personas religiosas ó visitar algun convento. Tambien solia asistir á los ejercicios regulares de las comunidades; mas nunca consentia que por ella se faltase á la observancia de la regla. Finalmente, María Clotilde fué constantemente amable, caritativa y piadosa.

Todos los Santos han profesado profunda veneracion, ternura filial y devocion ferviente

á María, á la augusta Madre de Dios, y tales fueron tambien los sentimientos de la reina de Cerdeña. Cada dia rezaba en honor de Maria el oficio Parvo y el Rosario: ayunaba los sábados y las vísperas de sus festividades: asocióse á una cofradía establecida en Turin con el nombre de Nuestra Señora de la Humildad y de la Visitacion, cumpliendo fielmente las prácticas y entregándose en cuanto su situacion lo permitia á todas las obras de misericordia que se usaban en aquella piadosa sociedad.

Las desgracias de su familia, la trágica muerte de su hermano Luis XVI, la de la reina y la de Mad. Isabel, su hermana segunda, la habian profundamente afligido. Particularmente al saber la muerte de Luis XVI experimentó tan acerbo dolor, que el príncipe su esposo no la pudo consolar sino hablándola el lenguaje de la Religion. Algunos años despues tuvo que soportar desgracias personales que no eran de menos consideracion que las de su augusta familia. La muerte de su suegro el rey Victor, acaecida el 16 de octubre de 1796 colocó á su esposo Carlos Manuel IV sobre el trono de Cerdeña. Hecho rey este príncipe no se ocupaba mas que en hacer la felicidad de sus vasallos, cuando un decreto del Directorio de Francia estableciendo la república en el ducado del Piemonte le obligó en 1798 á buscar un asilo lejos de Turin, que era el punto de su residencia. Su virtuosa compañera participó de su destino. Despues de haber pasado veinte y tres años en el Piemonte siendo querida y respetada, tuvo que abandonarlo sin saber con seguridad en dónde podria fijar su residencia. Despues de un penoso viaje llegaron los augustos viajeros á Parma en donde se detuvieron poco tiempo. Pasaron de allí á Florencia; mas tambien allí fué corta su mansion, pues los desgraciados acontecimientos que se iban sucediendo les obligaron á embarcarse en Liorna para pasar á Cerdeña de donde eran soberanos. En Liorua fué donde la reina tuvo

que separarse de su servidumbre que en parte la abandonó, y cuyos servicios no pudo recomendar por falta de recursos: de todas las damas de su comitiva no se quedó mas que con Clara Stuper, joven sorda, que fué elegida con preferencia á todas en consideracion á los peligros que podia correr si fuera despedida. Esta separacion fué muy penosa para María Clotilde, pero en esta ocasion demostró todo el valor de un alma verdaderamente cristiana y superior á todos los reveses de la fortuna. «Mi querida Clara, le dijo á su camarista, de cuantas personas estaban hace poco tiempo á mi servicio, vos sola sois la que habeis quedado; pero Dios está con nosotros. Todo se tiene teniendo á Dios, solia decir con frecuencia; y faltando Dios, todo falta.»

En estas santas disposiciones se hallaba María Clotilde al hacerse á la vela para Cerdeña. Cuando llegó á Cagliari, capital de la isla, tuvo que encargarse de los asuntos del Estado por la mala salud de su esposo. Durante la época de su administracion dió pruebas de habilidad y prudencia. No duró mucho esta época, pues á los seis meses de su permanencia en Cerdeña se creyó que importaba al rey y á la reina regresar al continente de Italia. Por de pronto habitaron en Florencia, y luego pasaron á Roma, de donde los acontecimientos les obligaron al fin á alejarse. Fueron á Nápoles, luego regresaron á Roma, y despues tuvieron que volver á Nápoles. En medio de la agitacion y de las vicisitudes que María Clotilde tenia que sufrir, llevó hasta el heroismo la paciencia y la sumision á la voluntad divina, dando sobre todo notable ejemplo de resignacion cuando tuvo noticia de un plan trazado para el restablecimiento de la casa de Borbon, en el que nada se decia de la casa de Saboya. Escribiendo á una religiosa llamada sor Inés, pobre hija de unos labradores á quien la reina queria mucho por su virtud, la decia sobre este particular: «Si

»Dios quiere que seamos restablecidos, se verificará nuestra restauracion, aunque no se haya hecho mencion de ella en el tratado; »si por el contrario Dios no lo quiere, no hay poder en el mundo que pueda conseguirlo.»

Llena del espíritu de Dios, convirtió la piadosa reina su destierro y abatimiento en provecho de su piedad. En todos los países que recorrió, visitaba los templos, los conventos y los demas lugares de devocion. Iba sin fausto de ninguna especie, y hacia en ellos fervorosas oraciones, y recibia los sacramentos. El ardor con que veneraba las reliquias de los Santos, y las imágenes milagrosas que se conservaban en diferentes ciudades de Italia, edificaba y escitaba la veneracion de cuantos lo presenciaban. No era menos ejemplar por sus sentimientos, que por sus prácticas de piedad. Incapaz de odio, perdonaba el corazon á los que la perseguian y causaban la desgracia de las dos ilustres familias á que estaba unida por el nacimiento y el matrimonio. Hablando en cierta ocasion de la felicidad del cielo, dijo que nuestro mas dulce placer en aquella mansion bienaventurada debia ser el ver sentado á nuestro lado á uno de nuestros enemigos, que no debiese su felicidad eterna.

En 4.º de marzo de 1802 hallándose María Clotilde en Nápoles fué á visitar la iglesia de la Trinidad en honor del sagrado Corazon de Jesus, y aunque sentia un fuerte dolor de cabeza, permaneció largo tiempo en oracion. Al regresar á su palacio fué atacada de una violenta calentura, que la causaba vivos dolores. «Nuestro Señor, dijo ella al sacerdote que la asistia, me permite participar de su corona de espinas; pero al mismo tiempo yo disfruto las dulzuras de la paz y de la tranquilidad.» Su afan era que no se molestasen los que la asistian, dirigiéndoles palabras llenas de gratitud. Desde el principio de la en-

fermedad se preparó para la muerte con una confesion general, y teniendo siempre presente su amor á la modestia, dió órdenes particulares respecto de su entierro, é hizo prometer al rey que su cadáver no seria embalsamado.

El mal iba en aumento, y la muerte se acercaba, por lo cual fué preciso dar cuenta del estado de la enfermedad á su augusto esposo. Manifestóse por de pronto inconsolable; pero volviendo luego á llamar al confesor de la reina, que era quien le habia dado aquella triste noticia, le dijo: «Si la santísima Virgen se resignó al morir su Hijo, y le ofreció por holocausto para conformarse con la voluntad del Eterno Padre, yo debo hallarme tambien dispuesto á hacer á Dios el sacrificio de mi compañera, y por lo tanto me resigno y estoy tranquilo.» Cuando el confesor refirió esta respuesta á María Clotilde, exclamó: «¡Oh! qué placer, Padre mio! Nada puedo ya desear mas que el paraíso!»

El primer domingo de Cuaresma, que fué el 7 de marzo, la piadosa reina volvió á confesarse, oyó misa, y recibió el santo Viático con notable devocion y grande regocijo. De allí á poco fué preciso darle la Estrema-Union; y aunque la faltaba ya el uso de la palabra, todo su exterior anunciaba las santas disposiciones de su alma, y por medio de signos daba á entender que se unia á los actos de virtudes cristianas que el sacerdote rezaba junto á ella. Su agonía parecia un sueño tranquilo. Por último, sin ningun esfuerzo y con la sonrisa en los labios espiró esta santa princesa el mismo dia 7 de marzo de 1802 á la edad de cuarenta y dos años y algunos meses. El médico que la asistia entró en la Cámara del rey al momento que ella exhaló el último suspiro, y dijo al afligido monarca: «Congratúlome con V. M. de que un ángel acaba de volar al cielo.»

Habiendo sido espuesto al público el ca-

dáver de la reina sobre una cama imperial, fué visitado por una numerosa concurrencia, que en alta voz proclamaba la santidad de la piadosa princesa, solicitando con afan los menores objetos que le habian pertenecido, para conservarlos como reliquias. Sus exequias fueron muy solemnes, y el comandante de los republicanos franceses, que entonces ocupaban á Nápoles, permitió que se le tributaran todos los honores militares reservados á los soberanos diciendo que convenia honrar de todos modos á una princesa tan ilustre por sus virtudes como por sus desgracias. Su cadáver fué enterrado en Nápoles en la iglesia de los religiosos de la Orden-Tercera de San Francisco, y en el sepulcro hizo colocar su esposouna inscripcion, que acredita el respeto que profesaba á Clotilde. El recuerdo de sus heroicas virtudes, y muchas curaciones milagrosas atribuidas á su intercesion, fueron causa de que se pidiera su canonizacion á Roma. Oyéronse los testigos, y entre ellos al mismo rey de Cerdeña, y finalmente en 9 de abril de 1808 la congregacion de Ritos la declaró venerable, y por medio de un decreto autorizó se siguiera el proceso de Canonizacion.

En ese mismo año Carlos Manuel, esposo de María Clotilde, abdicó la corona de Cerdeña y algunos años despues abrazó el instituto de los jesuitas.

Las desgracias políticas que María Clotilde habia sufrido eran consecuencia de la revolucion de que Bonaparte se habia declarado heredero.

A merced del conquistador veia Pio VII sus reducidos dominios, ya estrechados por todas partes, atravesados en todos sentidos por tropas extranjeras que permanecian en ellos, si asi les acomodaba, viviendo á espensas de los habitantes abrumados de cargas, ó á cuenta de la Camara apostólica reducida por efecto de las circunstancias á unas rentas casi insignifican-

tes (1). La cuarta parte de los productos del Estado eclesiástico era absorbida por la manutención de estas tropas extranjeras. «Nosotros», decía el Papa (2), estamos tranquilos en nuestra casa. Nuestras rentas bastan para el gasto que hacemos; pero es preciso almentar á unos extranjeros; por consiguiente, imponer nuevas contribuciones, hacerse odioso á los pueblos, esponerse á ver estallar sediciones, y á oírse acusar de esas sediciones, producidas por el descontento que causa el aumento de las contribuciones, como si esas sediciones procediesen de una causa política.»

No eran en efecto escasas las acusaciones que se le hacían. El ministro Alquier se indignaba en nombre de Bonaparte de las amenazas que, á lo que él decía, se hacían de excomulgarle y declararle decaído del trono. El virey de Italia hablaba de manejos y de intrigas que se agitaban al rededor del Pontífice; y habiéndole dirigido Pio VII sobre este punto una contestación enérgica, en la que por otra parte se mostraba dispuesto á dar la institución canónica á los obispos italianos, cuyas oportunas informaciones fuesen enviadas á Roma, Napoleón, que aun cuando no estaba en correspondencia directa con el Papa, que quería argumentar sobre sus diferencias con la Santa Sede, escribió desde Dresde al virey en 22 de julio de 1807, diciendo: «He visto en la carta que Su Santidad os ha dirigido, y que ciertamente no ha sido escrita por el Pontífice, he visto, digo, que me amenaza. ¿Creerá acaso que los derechos del trono son menos sagrados á los ojos de Dios que los de la tiara? Antes que hubiera Pontífices hubo reyes. Quieren, según se dice, publicar todos los males que yo he causado á la Religión.»

(1) *Memor. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 481.  
(2) M. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 168.

¡Insensatos! No saben que no hay un rincón en Alemania, Italia y Polonia donde yo no haya hecho mas bien á la Religión, que mal ha hecho el Papa, no por siniestras intenciones, sino por los iracundos consejos de algunos hombres de limitada inteligencia que le rodean. Quieran denunciarme á la cristiandad; mas este ridiculo pensamiento no puede ser hijo sino de la profunda ignorancia del siglo en que vivimos, y en él se descubre un anacronismo de mil años de fecha. El Papa que liera semejante paso, dejaría de ser Papa á mis ojos, y no lo consideraría mas que como un Anticristo enviado para trastornar el mundo y dañar á los hombres, y yo daría gracias á Dios de su impotencia. Si esto llegase á suceder, yo separaría mis pueblos de toda comunión con Roma, y organizaría una policía de modo que no podrían circular esos documentos misteriosos, ni se podrían provocar esas reuniones subterráneas que han afligido algunas partes de Italia, y que no han sido inventadas mas que para alarmar á las almas timoratas... ¿Qué se propone hacer Pio VII denunciándome á la cristiandad? ¿Poner mi trono en entredicho? ¿Excomulgarme? ¿Se imagina que por eso se caerían las armas de las manos de mis soldados? ¿Piensa poner el puñal en manos de mis pueblos para que me degüellen? Entonces ya no le faltaría mas que mandar cortarme el cabello y encerrarme en un convento... El Papa actual se ha tomado la molestia de venir á mi coronación á Paris. Este paso me pareció digno de un santo prelado; pero quiso que le cediera las Legaciones; y yo no he podido ni querido hacerlo. El Papa actual es demasiado poderoso; los sacerdotes no han sido instituidos para gobernar... ¿Por qué razón el Papa no quiere dar al César lo que es del César, y pretende ser en la tierra mas que Jesucristo? Acaso no está lejos el tiempo, si se quiere continuar turbando los asun-

tos de mis Estados, en que yo no lo reconoceré mas que como obispo de Roma, como igual y de la misma categoría que los obispos de mis Estados. No temeré reunir las iglesias galicana, italiana, alemana y polaca en un concilio, para arreglar mis asuntos sin Papa.... En el hecho lo que puede salvar en un país, puede salvar en otro: los derechos de la tiara no son en realidad mas que deberes, humillarse y orar. Yo he recibido mi corona de Dios y de mis pueblos, y solo á Dios y á mis pueblos soy responsable de ella. Yo seré siempre Carlo-Magno para la corte de Roma; pero nunca Luis el Bueno... Jesucristo no instituyó una peregrinación á Roma, como Mahoma á la Meca. Tales son mis sentimientos, hijo mio, y he juzgado importante dároslos á conocer: no os autorizó para que escribais mas que una sola carta á Su Santidad para darle á conocer que no puedo consentir en que los obispos italianos vayan á buscar su institución á Roma. El virey no dejó de trasladar á Pio VII esta carta de Bonaparte. Dirigióle una copia confidencialmente, y queriendo aprovechar esta ocasión para echarla de dómine con el Soberano Pontífice. «Se quiere luchar, le decía, de poder á poder con un monarca, á quien, me atrevo á decirlo con orgullo, no podemos comparar mas que con Ciro y con Carlo-Magno. ¿Era así cómo obró con Ciro el Patriarca de Jerusalem y con Carlo-Magno los Pontífices que en aquel tiempo residían en Roma?... Verdaderamente es cosa que admira la erudición del virey de Italia, y cuando se le oye hablar de las relaciones del patriarca de Jerusalem con Ciro no se sabe lo que causa mas admiración, si la estúpida ignorancia de Eugenio, ó la audacia con que se atreve á proferir esta mentira histórica. «Santísimo Padre, seguía diciendo, nada mas tengo que añadir, y espero que cuanto he dicho no sea mas que una prueba de mi respeto hácia

vuestra persona y de mi fidelidad á mis deberes. Reitero á vuestra Santidad la súplica de que se digne darme su bendición apostólica.» Estas protestas de respeto, despues de semejante carta, son una burla de muy mal género; pero el virey tomaba sus inspiraciones del emperador, y al ver que este hacia una guerra tan viva al Papa, parece se creía autorizado para dar lecciones á Pio VII.

Bonaparte, de vuelta á Paris, quería que se le enviaran al cardenal Caprara plenos poderes para arreglar con Portalis las desavenencias de la Francia con la Santa Sede. Era muy conocida la debilidad del legado para que Pio VII no deseara encargar con preferencia al cardenal Litta semejante comisión; pero Champagny, nuevo ministro de relaciones exteriores, dió á conocer que este último no era del gusto del emperador y que este pedía se nombrara al cardenal de Bayanne. En defecto de Litta, Pio VII hubiera enviado al hábil y religioso cardenal Paëca; sin embargo tuvo que conformarse con el que Napoleón habia designado, aunque la sordera que padecía Bayanne era tal, que no se podía hablar con él sino por escrito.

Esta noticia colmó de alegría á los que, sin saberlo el Pontífice, se agitaban á su alrededor para obtener á toda costa la paz con la Francia. Hombres tímidos ó codiciosos aconsejaban que para determinar al conquistador á que *dejara vivir* á Roma, podría ella renovar en favor de este lo que en otro tiempo habia hecho por Carlo-Magno. Supuesto que no existe ya, decían ellos, el imperio de Alemania, y que Francisco se halla desinteresado, ¿por qué razón no se ha de salvar la Santa Sede reconociendo á Bonaparte por emperador de Occidente? lo cual á los ojos de los políticos equivaldría en el hecho á una adhesión formal á un pacto federativo. Mas Pio VII no calculaba de este modo: sabia muy bien, dice